

Los antifaces de Jorge Luis Borges

No queda muy claro si la obra de Borges pretende evadirse de la realidad, o si de lo que se trata es de enmascarar esa realidad, para que no muestre una impronta desagradable, para que sea otra la faz que contemplemos. Es también dudoso el momento en que Borges se distancia de todo lo que hizo y quiso a sus veinte años, cuando vivió en Europa, y empieza una verdadera metamorfosis. Tal vez ese cambio lo lleva a buscar otra realidad y no la de la inmensa mayoría. Tal vez una imperiosa necesidad lo aparta de lo cotidiano, lo impulsa a crearse un mundo o “un mundito”, como él modestamente lo consideró, y esa actitud fue la determinante de su distanciamiento de creencias y emociones de sus veinte años.

Es evidente que Borges siente como la obligatoriedad de “fabricar” un mundo aparte, como quien se construye una casa, la vivienda en la que mejor pueda acomodarse. Y continuamente se transporta en sus relatos a esos lugares diferentes, como el que refiere en su tan conocido relato “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, por citar uno de sus cuentos en que se aprecia su distancia con la realidad habitual.

Pero queda muy claro que aunque busca refugio en lugares que su imaginación le dicta, no siempre son sitios en los que viva paradisiacamente. El neo-creador parte de los esquemas archiconocidos y no puede prescindir de ellos. No obstante, su logro es notable. Consigue llevar al lector con él a esos mundos. Mostrarle lo que podría ser o lo que fue. Entrar en el futuro como si fuera el pasado. O retroceder hasta el pasado con igual entusiasmo que si estuviese viajando al futuro. Es casi como si hubiese decidido ponerle un antifaz al diario vivir, a la propia historia que se va organizando día a día. Y se sentara a contemplarla, no sólo encantado de haberse creado un hábitáculo diferente, también entusiasmado porque ha sabido, en su creación, maquillar el mundo, la vida. Tal vez no es solamente la satisfacción que pueda dar una cosa hecha a medida, sino el mero hecho de abandonar una reali-

dad por otra. De sustituir sus ambientes por otros que ha construido con sus propias manos.

En la vida de Borges hay varios momentos en que se nota claramente este deseo de alcanzar la diferencia, o quien sabe como ya ha quedado dicho, de utilizar un antifaz, no para él sino para lo que sus ojos ciegos no le transmitían pero sí su recuerdo. Hay también sitio para la timidez que fue constante en él. Que no sólo la mencionaron los demás, sino que él mismo la señaló como uno de sus males crónicos, aunque lograra en algunos terrenos combatirla, pero no reducirla del todo.

La timidez pudo ser el motivo por el que muchas de sus cartas no fueron escritas en castellano, sino que utilizó otros idiomas como el francés o el inglés. Por lo general se trataba de misivas dirigidas a posibles novias a las que les participaba sus sentimientos. O a amigos a quienes contaba el estado de su situación sentimental con respecto a alguna chica. Parecía sentirse menos incómodo escribiendo en otra lengua, como si así se entendiera menos, o sus cuitas y confesiones estuvieran mejor preservadas. Eran esas cartas verdaderos antifaces de su realidad amorosa. Y no los realizó en una oportunidad sino en varias, y no en una misma época sino en diferentes, y distantes en el tiempo.

Eran también formas de esquivar la realidad habitual, maneras de huir de algo que le incomodaba. Hay evidente conexión entre estas cartas disfrazadas por el cambio de la lengua habitual, con esos mundos descritos en cuentos como "El congreso" o "Las ruinas circulares". Sin embargo, ambas cosas no ayudan a precisar no sólo el momento en que se origina el cambio (una de las obsesiones en la biografía de Borges escrita por el literato y político chileno Volodia Telteboim, "Los dos Borges"), sino la otra incógnita, por qué se produce el cambio. En qué momento y qué razones determinan que abomine de sus ideas de juventud, de su emoción ante la revolución rusa, y sus flirteos con los ultraístas. Que quiera olvidarlos en forma radical. Aunque más allá de su madurez parece reflexionar sobre ellas. En *El libro de arena*, y en declaraciones que hizo a la prensa, hace referencia a sus acercamientos al comunismo, aunque los trate como algo lejano y equívoco. En cambio, de su etapa ultraísta es poco lo que dijo o escribió.

Una mirada a su abundante correspondencia, tanto la que escribió de su puño y letra, cuando sus ojos aún le obedecían, como la que se produjo a través de dictados, sobre todo a doña Leonor Acevedo, su madre, viene a demostrar que por lo general se abstiene de dirigirse en castellano cuando se trata de mensajes íntimos a mujeres, y no a todas. Por ejemplo, utiliza el inglés para escribirle -en algunas ocasiones- a

Estela Canto, con quien es sabido mantuvo una relación que podría situarse entre la buena amistad y el amor unilateral, puesto que él era el enamorado y ella no. Cuando tuvo que contar su enamoramiento de Concepción Guerrero, una de las novias verdaderas, así como la primera, y se dirige a su gran amigo mallorquín Jacobo Sureda, la lengua utilizada es el francés. Podría considerarse esto como una simpleza, como algo sin importancia. Estela Canto dominaba la lengua de Shakespeare y Jacobo Sureda, la de Mallarmé. Pero ocurre que siempre les escribió en castellano, y solamente en el momento en que ha de dar rienda suelta a sus emociones surgen el inglés o el francés.

Es cierto que también escribió poemas en inglés, aunque pocos, se conocen y se estiman mucho dos de ellos. Pero no parece ser que ese cambio de idioma se debiera exclusivamente al espíritu de esos poemas. El inglés para Estela Canto, como el francés para contarle a Sureda sus avances en el enamoramiento de Concepción Guerrero, casi equivalen a esa búsqueda de refugio en mundos imaginarios. Es la actitud de quien no se siente seguro, o de quien mantiene aún buena parte de su alma de la infancia. Y nada reprochable por cierto, aunque no todos los que puedan seguir siendo algo de niños después de los cuarenta tienen la portentosa imaginación que lució Borges.

Con Sureda mantuvo un largo carteo, que se puede señalar que se inició en 1920 y finalizó, posiblemente, antes de 1930. De las pocas cartas que han quedado firmadas por Borges y dirigidas al mallorquín, la primera es de ese 1920 y la última, de 1926. Pero ésta no acusa ser el final de la correspondencia. Pudo, y seguramente debió haber continuado uno, dos o tres años más adelante. Con Estela Canto la comunicación no fue tan proficua, puesto que ambos vivían en Buenos Aires (aunque, cuando Borges vivía en Mallorca, en Palma concretamente, le escribía a Sureda que habitaba en Valldemosa, a 20 kilómetros, posiblemente ante la imposibilidad de contar con teléfono fácilmente), pero las relaciones tuvieron momentos trepidantes, hubo tristeza y desconsuelo por parte del escritor, y en esos estados de ánimo es cuando se "encubre" recurriendo al inglés.

Es difícil poder calcular la cantidad de cartas salidas de la pluma o de los dictados de Borges. Puesto que es también difícil contar con todos esos documentos, pero se sabe de mucha gente, en especial escritores, que recibieron cartas del autor de "El Aleph". Como se conoce a muchas de sus amigas, por lo general jóvenes, que tocaron los sentimientos amorosos de Borges, y a quienes alguna vez -aunque vivieran en la

misma ciudad- escribió. Pero se ignora si siempre lo hizo en castellano o utilizó otra lengua, como quien disimula un rubor.

Como referencia de esa forma de cubrir el "rostro de sus sentimientos" al escribir cartas, bastará indicar dos. La que en abril de 1922 le escribe en francés a Jacobo Sureda, que se encuentra en Selva Negra, Alemania, y en la que le cuenta que está muy enamorado de Concepción Guerrero y que está decidido a casarse con ella. Y la otra, dirigida a Estela Canto, posiblemente en 1946, en inglés, y en la que le manifiesta la gran pasión que siente por ella.

A Sureda le escribió otra carta, también en francés, cuyo contenido no conocemos. Y a Estela Canto, muchas más, aunque solía intercalar frases en inglés dentro de cartas escritas en su mayoría en castellano.

También escribió cartas en francés a su amigo de bachillerato, Abramowitz, pero posiblemente no fueron escritas en esa lengua para disimular sentimientos, sino porque era la única lengua en que más y mejor se entendían.

*Carlos Meneses
Palma de Mallorca*